

animales los hay que solo son negruzcos, pero la mayor parte son negros como el carbon; y entre otros se hace notable uno el mas hermoso en su especie, cuyo pelo es tan negro como tinta de la China y sus astas amarillas. Por lo demás, he hecho toda suerte de pruebas para criarlos; pero sin fruto, porque todos han perecido, en lugar de que pude conservar siempre los corcillos antea-dos: de lo cual he deducido que la complexion de los corzos negros debe sin duda de ser mucho mas delicada.....» ¿Cuál podrá ser la causa de una variedad tan constante, y sin embargo tan poco estendida?

### LA LIEBRE (1)

*Lepus timidus*. L.

LEJOS de que las especies mas numerosas de animales sean las mas útiles, vemos aun no haber cosa mas perjudicial que la multitud de ra-

(1) La liebre, en griego λεγών; en latin *lepus*, cuasi *levipes*: en Cataluña *llebra*; en francés *lievre*; en italiano *lepre*; en portugués *lebre*; en aleman *hase*; en inglés *hare*; en sueco *hare*; en holandés *hase*; en po-

tones, turones, langostas, orugas y demas turba de insectos, cuya escesiva multiplicacion parece permitida por efecto de su tolerancia, mas bien que ordenada por la naturaleza. Sin embargo, las especies de la liebre y del conejo tienen para nosotros dos ventajas, que son, su utilidad y su número: las liebres se hallan universal y abundantemente esparcidas en todos los climas de la tierra; y los conejos, aunque originarios de climas particulares, multiplican de un modo tan asombroso en casi todos los países á que se les traslada, que luego no es posible destruirlos, y se necesita mucho arte para disminuir su número, á veces incómodo.

Si se reflexiona, pues, acerca la fecundidad sin límites concedida á cada especie, acerca del producto innumerable que debe resultar de ella, y la rápida y asombrosa multiplicacion de ciertos animales que pululan instantáneamente y vienen á millones á saquear los campos y á de-

laco *sajonz*; en esclavon *saiz*; en ruso *suitra*; en árabe *ernab*, *harnab*, *arneph*; en turco *tausan*; en persiano *kargos*; en el Brasil *thabiti*; en la América septentrional *soutanda*.

*Lepus*, Ray, *Synop. animal. quadr.* pág. 204.

*Lepus cauda abrupta*, *pupillis atris*, Linnæi.

*Lepus vulgaris*, *cinereus*, *cuyus venatio animum exhilarat*, Klein, *Quadr. hist. nat.* pág. 51.

vastar la tierra, quedaremos sin duda maravillados de que no se apoderen violentamente de la naturaleza organizada, y nos darán aun impulsos de temer que la opriman con su número, y que despues de haber devorado su sustancia, no perezcan sino con el orbe mismo.

Así es efectivamente que no podemos ver sin espanto llegar aquellas nubes densas, aquellas falanges aladas de insectos hambrientos, que parece amenazan al globo entero y abatiéndose á las fecundas llanuras de Egipto, Polonia ó de la India, destruyen, aniquilan en un instante los trabajos y las esperanzas de todo un pueblo; y no perdonando semillas, frutas, yerbas, hojas ni raices, despojan la tierra de su verdor, y trasforman las campiñas mas ricas en desiertos áridos. Vense bajar de las montañas del Norte muchedumbre innumerable de ratones, que á la manera de un diluvio, ó mas bien como una inundacion de sustancia viviente, vienen á cubrir las llanuras, se derraman hasta por las provincias del Mediodía, y despues de haber talado en su tránsito cuanto vive ó vegeta, acaban inficionando la tierra y el aire con sus cadáveres. Vense en los países meridionales salir repentinamente del desierto innumerables enjambres de hormigas, que semejantes á un torrente cuyo manantial fuese inagotable, llegan formando api-



38 La Liebre. 43 La Zorra.

ñadísimas colunas , se suceden , se renuevan incessantemente , se apoderan de todos los parajes habitados , echan de ellos á los animales y aun á los hombres , y no se retiran hasta despues de haber causado una devastacion general. Y en los antiguos tiempos de barbarie , cuando el hombre medio salvaje todavía estaba sujeto como los demas animales á todas las leyes y aun á los escesos de la naturaleza , no se vieron acaso inundaciones semejantes de la especie humana , á los Normandos , Alanos , Hunos , naciones en una palabra , ó mejor hordas numerosísimas de animales con rostro humano , sin domicilio y sin nombre , salir repentinamente de sus cavernas , marchar en tropas desenfrenadas , oprimirlo todo sin mas fuerza que el número , saquear las ciudades , trastornar los imperios , y despues de haber destruido las naciones y asolado la tierra , concluir por volver á poblarla de hombres tan nuevos y mas bárbaros que ellos mismos ?

Estos grandes sucesos , esas épocas tan memorables en la historia del género humano no son sin embargo mas que pequeñas vicisitudes en el curso ordinario de la naturaleza viviente , que constante por lo que toca á lo general , y siempre el mismo su movimiento , siempre arreglado , gira sobre dos ejes inalterables : la fecundidad sin limites el uno , concedida á todas las espe-

cias; y los innumerables obstáculos el otro, que reducen á determinada medida el producto de esta fecundidad, y que en ningun tiempo permiten sino casi la misma cantidad de individuos en cada especie. Y como la inmensa muchedumbre de esos animales que repentinamente se presentan, desaparecen asimismo de igual modo, sin que por ellos se aumenten en el fondo sus especies; he aquí que la humana permanece tambien la misma siempre, con la diferencia de ser en ella mas lentas las variaciones, á causa de que, siendo la vida del hombre mas larga que la de aquellos animalillos, es preciso que las alternativas de aumento y de disminucion se preparen mucho antes, y se efectuen en mayor espacio de tiempo. Pero ese tiempo mismo no es mas que un solo instante en la duracion, un momento solo en la serie de los siglos, que nos hace mayor impresion que los otros tiempos por haber sido acompañado de destruccion y de horror; por cuanto, considerada toda la tierra y la especie humana en general, así el número de hombres como el de animales debe ser siempre el mismo con poquísima diferencia, respecto de que pende del equilibrio de las causas físicas; equilibrio que se halla en todo desde tiempos muy remotos, y que no pueden destruir los esfuerzos de los hombres ni las circunstan-

cias morales, que en sí mismas dependen de las causas físicas, como á meros efectos particulares. Por mas esmero que el hombre ponga en su especie, nunca la hará mas abundante en un paraje, sino destruyéndola ó disminuyéndola en otro. Cuando una porcion de la tierra se halla recargada de habitantes, se esparcen estos, se dividen, se destruyen, y al propio tiempo se establecen leyes y usos que á veces precaven con demasia el exceso de la multiplicacion. En los climas escesivamente fecundos, como la China, el Egipto y la Guinea, se destierran, se mutilan, se venden ó se ahogan los niños, y aquí se les condena á perpetuo celibato. Los que existen se arrogan fácilmente derechos sobre los que no existen; y considerándose seres necesarios, aniquilan los seres contingentes, suprimiendo las generaciones futuras para su propia comodidad: en los hombres se ejecuta, casi sin advertirlo, lo que en los animales: se les cuida, se les multiplica, se les abandona ó destruye, segun la necesidad, las ventajas, la incomodidad ó embarazo que de ellos resultan; y como todos estos efectos morales dependen en sí mismos de las causas físicas que se hallan en un estado fijo y equilibrio permanente desde que se consolidó el globo de la tierra, parece que tanto en el hombre como en los demas ani-

males no puede dejar de ser constante el número de individuos de cada especie, sin que se entienda por esto que ni lo fijo de este estado ni lo constante de este número sean cantidades absolutas, pues todas las causas físicas y morales, y todos los efectos que de ellas resultan, están comprendidos y balancean entre ciertos límites, mas ó menos estensos, aunque nunca bastante grandes para poder romper el equilibrio. Como todo está en continuo movimiento en el universo, y las fuerzas esparcidas en la materia obran unas contra otras y se contrarrestan, de ahí es que todo se ejecuta como por ciertas oscilaciones, cuyos puntos medios son aquellos á los cuales referimos el curso ordinario de la naturaleza, y cuyos puntos extremos son los períodos mas distantes en ella. Así el exceso de multiplicacion, tanto en los animales como en los vegetales, es por lo comun el precursor de la esterilidad; y la abundancia y la escasez se presentan alternativamente, y á veces se siguen con tanta inmediacion, que tal vez podria calcularse la cosecha de un año por el producto del que le ha precedido. Los manzanos, los ciruelos, las encinas, las hayas y la mayor parte de árboles frutales no producen con abundancia sino alternativamente ó de cada dos años uno: el número de orugas, moscardo-

nes, turones y otros muchos animales que en ciertos años es excesivo, en el siguiente es muy corto. ¿Y qué seria de todos los bienes de la tierra, de los animales útiles, y aun del hombre mismo, si estos insectos, produciendo en un año con exceso, se reprodujesen para el siguiente por una generacion proporcionada á su número? Pero no: las causas de destruccion, de aniquilacion y de esterilidad siguen inmediatamente á las de una multiplicacion excesiva; y prescindiendo aun del contagio, consecuencia necesaria del sobrado cúmulo de toda materia viviente en un mismo paraje, cada especie encierra en sí misma causas particulares de muerte y de destruccion, que indicaremos mas adelante, y que bastan por sí solas para compensar los excesos de las generaciones precedentes.

Por lo demás, vuelvo á decir que esto no debe tomarse en sentido absoluto, ni aun riguroso, sobre todo por lo tocante á las especies que no están enteramente abandonadas á la sola naturaleza: aquellas de que el hombre cuida, principiando por la suya, son mucho mas abundantes de lo que serian sin su cuidado; pero como este mismo cuidado tiene aun sus límites, de ahí viene que el aumento que de él resulta es tambien limitado y se halla desde muy largo tiempo ceñido con barreras inmutables:

y aunque la especie del hombre y las de todos los animales útiles son mas numerosas en los países cultos que en los demas climas, no lo son sin embargo nunca en exceso, porque la misma potencia que contribuye á hacerlos procrear, los destruye cuando llegan á ser incómodos.

En los cotos destinados para la diversion de la caza, se matan á veces cuatrocientas ó quinientas liebres en una sola batida. Estos animales multiplican estraordinariamente, y se hallan en estado de engendrar en todo tiempo desde el primer año de su vida: su gestacion solo dura de treinta á treinta y un días; su producto es de tres ó cuatro lebratillos, y no bien los han dado á luz, cuando vuelven á recibir el macho. Asimismo le reciben estando llenas; y de la conformacion particular de sus órganos genitales resulta que es harto frecuente la superfetacion, por quanto la vagina y el cuerpo de la matriz forman un trayecto continuo, y no se halla en ellas como en los demas animales ni orificio ni cuello de la matriz, sino que cada uno de sus cuernos ó trompas tiene un orificio, que aboca en la vagina, y se dilata al tiempo del parto; de suerte, que ambos cuernos son otras tantas matrices distintas, separadas, y capaces de obrar con independenciam una de otra, resultando por tanto que las hembras pueden concebir y parir

en diferentes estaciones por cada una de dichas matrices; y por lo mismo las superfetaciones deben ser tan frecuentes en estos animales, como raras en los que no tienen el referido órgano duplicado.

De esto resulta, pues, que las liebres pueden estar en celo y preñadas á un mismo tiempo; y en prueba de que estas hembras son tan lascivas como secundas, bástanos conocer otra notable singularidad en su conformacion, cual es la de que tienen el balano del clitoris prominente, y casi tan abultado como el del miembro del macho; y como de una parte apenas se percibe la vulva, mientras que de otra los machos en su juventud no presentan escroto ni testículos á lo exterior, he aquí que muchas veces no es fácil distinguir el macho de la hembra. Esto ha dado motivo para que se dijese no solamente que en las liebres hay muchos individuos hermafroditas, sino que los machos solian parir como las hembras, y que algunos de estos animales eran unas veces machos y otras hembras, desempeñando alternativamente las funciones de ambos sexos; porque en realidad, mas ardientes las hembras por lo comun que los machos, los cubren antes de ser cubiertas: fuera de que se les parecen tanto además en lo exterior, que á menos de examinarlo con la mayor atencion, se

toma fácilmente la hembra por el macho, ó éste por aquella.

Los lebratillos nacen con los ojos abiertos, y la madre les da de mamar por espacio de veinte dias, al cabo de los cuales se separan y buscan por sí mismos su alimento, sin alejarse mucho unos de otros ni del paraje en que nacieron, viviendo empero solitarios, y formándose cada uno su cama á corta distancia, como de sesenta ú ochenta pasos: así que cuando se encuentra un lebrato en algun paraje, está uno casi seguro de hallar otro ú otros dos en las cercanías. Estos animales salen á pacer de noche mas bien que de día, se sustentan de yerbas, raices, hojas, frutas y semillas, y prefieren las plantas cuya savia es lechosa; pero en invierno roen tambien las cortezas de los árboles, á escepcion del álamo y el tilo, á los cuales no tocan. Algunos suelen criar liebres en sus casas, y en este caso se las sustenta con lechugas y legumbres; pero su carne es siempre de mal sabor.

Durante el dia duermen las liebres ó descansan en sus camas, y no viven, por decirlo así, sino de noche, que es cuando se pasean, comen y se reúnen: entonces se las ve jugar á la claridad de la luna, saltar y correr unas tras otras; pero el menor movimiento, el ruido de las hojas que caen, basta para turbarlas, y de repente huyen cada una por su lado.

Algunos autores han asegurado que las liebres rumian, pero yo no creo que su opinion esté fundada, supuesto que no tienen mas de un estómago, y la conformacion de los estómagos y demas intestinos de los animales rumiantes es muy diversa: el intestino ciego de aquellos es pequeño, y el de la liebre sumamente ancho; y si se añade á la capacidad de su estómago la del gran ciego, fácilmente se echará de ver que, pudiendo este animal tomar un gran volúmen de alimentos, puede sustentarse asimismo con solas yerbas, bien así como el caballo y el asno, que tienen igualmente un gran ciego y solo un estómago, y que por lo tanto no pueden rumiar.

Las liebres duermen mucho, y su sueño se efectua con los ojos abiertos: carecen de pestañas, y su vista parece defectuosa; pero en cambio tiene el oido muy perspicaz, y mueven sus orejas, que son de tamaño desmedido relativamente al de su cuerpo, con suma lijereza, sirviéndose de ellas como de un timon para dirigirse en su carrera, la cual es tan rápida, que se adelantan con facilidad á todos los demas animales. Sus piernas delanteras son mucho mas cortas que las traseras, por cuyo motivo las es mas cómodo correr hácia arriba que hácia abajo; y de ahí viene que cuando se ven perseguidas se encaminan siempre á las montañas. Su mo-

vimiento en la carrera es una especie de galope, una serie de saltos muy prontos y apresurados: caminan sin hacer ningun ruido, porque tienen los pies cubiertos y guarnecidos de pelos hasta por la parte inferior, y quizás son los únicos animales que tienen pelos dentro de la boca.

Las liebres no viven sino de siete á ocho años cuando mas (1), y la duracion de su vida es proporcional, como en los demas animales, al total desarrollo del cuerpo; de suerte, que adquiriendo todo su incremento en el espacio de un año, vienen á vivir cerca de siete veces otro tanto. Algunos quieren decir que los machos viven mas que las hembras, pero dudo que esta observacion sea fundada. Las liebres pasan su vida en la soledad y el silencio, sin que jamás se las oiga el metal de la voz sino cuando se las coge con fuerza y cuando se las hiere ó atormenta; y entonces no manifiestan su dolor con gritos agudos, sino por una voz bastante recia, cuyo sonido es casi semejante al de la voz humana. No son tan montaraces como pudiera esperarse de sus hábitos y costumbres: antes por lo contrario, son mansas y capaces de recibir cierta especie de educacion: por manera, que se las

(1) Véase la *Venerie de du Fouilloux*: Paris, 1614, pág. 65.

amansa fácilmente, y aun llegan á ser cariñosas, aunque nunca cobran tanto afecto que puedan llegar á ser animales domésticos; pues aun las que se cogieron pequeñas y se las ha criado en las casas, recobran su libertad y huyen al campo cuando se les presenta la ocasion. Como su oído es bueno, y acostumbran sentarse además sobre sus pies traseros, sirviéndose de los delanteros como de brazos, de ahí es que se han visto algunas á las cuales se habia enseñado á tocar el tambor, y á gesticular en cadencia, etc., etc.

Por lo general la liebre no carece de instinto para su propia conservacion, ni de sagacidad para libertarse de sus enemigos: durante el invierno forma su cama en parajes que miran hacia el mediodía, y en verano al norte; y para no ser vista, se oculta entre terrones del color de su pelo. «Yo he visto, dice du Fouilloux (1), una liebre tan astuta que no bien oía el sonido de la trompa de caza, cuando dejaba su cama, y aunque estuviese á un cuarto de legua de distancia, se iba á nadar á un estanque y se escondia entre los juncales, siendo así que los perros no la habian perseguido. Asimismo he visto

(1) *Venerie de du Fouilloux*, pág. 64 verso y 65 retro.

correr una liebre por espacio de dos horas, siguiéndola los perros, y al cabo de dicho tiempo echaba á otra de la cama en que estaba, y se quedaba ella en su lugar; he visto otras que atravesaban dos ó tres estanques, el menor de los cuales tenia ochenta pasos de largo; otras que despues de corridas, sin duda por el espacio de tiempo de dos horas, entraban por debajo de la puerta de un establo, y se escondian entre las ovejas; otras que, perseguidas de los perros, se metian entre un hato de ovejas que pasaba por el campo, sin querer salir de entre ellas. Tambien he visto liebres que no bien oian á los galgos, cuando se escondian en vivares; otras que huian por el lado de una valla y volvian por el otro, de suerte que no habia entre ellas y los perros sino el grueso de la misma valla; otras que, despues de haber corrido media hora, saltaban sobre una tapia antigua de siete pies de alto, y se ocultaban en un agujero cubierto de hiedra; otras en fin, que nadaban en un rio que podia tener ocho pasos de ancho, y le pasaron y repasaron en mi presencia mas de veinte veces en longitud de doscientos pasos. Pero estos son sin duda los mayores esfuerzos de su instinto, porque sus ardidés ordinarios son menos finos y delicados, y cuando son echadas y perseguidas, se con-

tentan con huir velozmente y dan vueltas y re-vueltas por los mismos pasos sin dirigir su carrera contra el viento, sino al lado opuesto: siendo de notar que las hembras no se alejan tanto como los machos, pero dan mas vueltas. Por lo general todas las liebres nacidas en el paraje donde se las levanta, apenas se apartan de él, y vuelven luego á su querencia; de suerte, que si se las da caza dos dias consecutivos, vuelven al siguiente á las mismas vueltas y re-vueltas que dieron la vispera. Cuando una liebre corre en línea recta, y se aparta mucho del paraje donde fue levantada, es prueba de que era forastera, y solo estaba allí de paso; pues sucede, especialmente en lo mas fuerte del celo, esto es en los meses de enero, febrero y marzo, que algunos machos faltos de hembras en sus paises nativos andan muchas leguas para buscarlas, y se mantienen en su compañía; pero luego que son perseguidos por los perros, huyen á su propio pais, y ya no vuelven. Las hembras no dejan nunca sus querencias: son mayores que los machos, pero tienen sin embargo menos agilidad y fuerza, y son mas tímidas; pues no esperan tanto como los machos á que los perros se acerquen á sus camas, y se valen de muchos mas ardidés y rodeos. Asimismo son mas delicadas, y las impresiones del aire las afectan

mucho mas, y temen el agua y el rocío; al paso que entre los machos hay muchos, llamados *liebres mezquinas*, los cuales buscan las aguas y esperan á los perros en los estanques, pantanos, y demas parajes cenagosos. La carne de esas liebres mezquinas es de muy mal sabor, y en general la de todas las liebres que habitan en las vegas ó en los valles es insípida y blanquecina; en vez de que los lebratos, y aun los lebratones criados en terrenos altos ó en colinas donde abundan el serpol, el tomillo y otras yerbas finas, son de escelente gusto; y solo se advierte que los que habitan en lo interior de los bosques en esos mismos paises, no son tan buenos ni con mucho como los que viven en las orillas de los mismos bosques, ó tienen sus querencias en los campos y en las viñas, y que la carne de las hembras es mas delicada siempre que la de los machos.

La naturaleza del terreno influye en estos animales como en todos los demás; y así se observa que las liebres de montaña son mayores, mas robustas y de distinto color que las que viven en llanuras, mas blancas en el vientre, y mas pardas en lo restante del cuerpo que las segundas, las cuales son casi rojas. En las montañas elevadas y en los paises septentrionales se vuelven todas blancas durante el invierno, pero

recobran en el verano su color ordinario; por manera que tan solo se ven algunas pocas, acaso las mas viejas, que permanecen siempre blancas, puesto que todas adquieren mas ó menos este color en la vejez. Las liebres de paises cálidos, como Italia, España y Berbería, son mas pequeñas que las de Francia y de otros paises mas septentrionales; y tambien, segun Aristóteles, eran mas pequeñas en Egipto que en Grecia. Hállanse estos animales esparcidos en todos los climas, y hay muchos en Suecia, en Dinamarca, en Polonia, en Moscovia, Francia, Inglaterra, Alemania, Berbería, Egipto é islas del Archipiélago, señaladamente en Delos (1), actualmente Idilis, que fue llamado *Lagia* por los antiguos Griegos, á causa del gran número de liebres que allí habia. Por último, las hay en gran número en Laponia (2), donde son blancas durante los diez meses del año, y no recobran su color rojizo sino solamente en los dos meses en que hace mas calor. Parece inferirse de lo dicho que todos los climas son casi

(1) Véase la *Descripcion de las Islas del Archipiélago* de Dapper. Amsterd. 1730, pág. 375.

(2) Véanse las obras de Ragnard; Paris, 1742, tomo I, pág. 180. *Genio vagante*; Parma, 1791, tomo II, pág. 46. *Viaje de la Martiniere*; Paris, 1671, pág. 74.

iguales para las liebres; pero se observa con todo que hay menos en el Oriente que en Europa, y pocas ó acaso ninguna en la América meridional, no obstante haberlas en Virginia, en el Canadá (1), y hasta en las tierras mas contiguas á la bahía de Hudson (2) y al estrecho de Magallanes. Sin embargo, quizás esas liebres de la América septentrional son de especie distinta de la de nuestras liebres, pues los viajeros aseguran que no solo son mucho mayores, sino que su carne es blanca y de muy diverso gusto (3), añadiendo que el pelo de las del norte de América nunca se las cae, y que se hacen excelentes forros de sus pieles. En los países donde el calor es esesivo, como en el Senegal, en Gambia y Guinea (4), y sobre todo en los distritos de Fida, de Apam, de Acra y en algunos otros

(1) Véase la *Relacion de la Gaspesia*, por el P. le Clerc: Paris, 1691, páginas 488, 489, 491 y 492.

(2) Véase el *Viaje de Roberto Lode*: Paris, 1744, tom. II, pág. 317; y la *Continuacion de los viajes de Dampier*, tom. V, pág. 167.

(3) *Viaje de Roberto Lode*: Paris, 1744, tomo II, pág. 317; y la *Continuacion de los viajes de Dampier*, tom. V, pág. 167.

(4) *Historia general de los viajes*, por el abate Prevost, tom. III, páginas 255 y 296.

países situados bajo la zona tórrida en Africa y en América, como en la nueva Holanda y en las tierras del istmo de Panamá, hay asimismo ciertos animales que los viajeros han tenido por liebres, pero que son mas bien especies de conejos (1), por cuanto el conejo es originario de los países cálidos, y no se halla en los septentrionales, en vez de que la liebre es tanto mayor y mas robusta, cuanto es mas frio el clima en que habita.

Este animal, tan apetecido para las mesas de los Europeos, no tiene ningun mérito para los Orientales. Es verdad que la ley de Mahoma y mas anteriormente la de los Judíos prohibieron el uso de la carne de liebre, no menos que la del cerdo; pero los Romanos y los Griegos la apreciaban tanto como nosotros, segun se echa de ver por lo que dice Marcial: *Inter cuadrupedes gloria prima lepus*. Efectivamente, su carne es excelente, y hasta su sangre es buena de comer y la mas dulce de todas las sangres, sin que se pueda decir que la grasa tenga parte alguna en la delicadeza de la carne, pues nunca engorda mientras vive libre en el campo, bien que mu-

(1) *Viaje de Dampier á las tierras Australes*, tomo IV, pág. 111; y el *Viaje de Wafer* impreso á continuacion del de Dampier, tom. IV, pág. 224.

chas veces muere sufocada de gordura cuando se cria en las casas.

La caza de liebres es la diversion y muchas veces la ocupacion única de las gentes ociosas del campo; y en realidad conviene á todos, en razon de que para ella no hay necesidad de gastos ni de aparato ninguno, además de la utilidad que produce. Por la mañana temprano, y puesto el sol por la tarde, se va á esperar las liebres á orillas de los bosques al tiempo que entran ó salen. Cuando el aire es fresco y la atmósfera está despejada de nubes, si la liebre viene á encamarse despues de haber corrido, el vapor de su cuerpo forma una ligera humareda, que los cazadores perciben desde muy lejos, sobre todo si su vista está acostumbrada á esta especie de observacion; y yo he visto algunos que, guiados por este indicio, iban desde media legua de distancia á matar la liebre en su cama, que ordinariamente deja acercarse mucho, con especialidad si no se hace ademan de mirarla, y si en vez de caminar directamente á ella se toma una direccion oblicua para irse acercando. Este animal teme mas á los perros que á los hombres, y cuando percibe uno ó le oye, no espera que se le acerque: su carrera es mucho mas veloz, pero como no corre en linea recta, sino que da vueltas y revueltas al rededor del paraje de don-

de salió, los galgos, que la siguen mas bien por la vista que por el olfato, la cortan el camino y la cogen y matan. Durante el verano gusta la liebre de vivir en los campos, por otoño en las viñas, y al acercarse el invierno en los bosques ó en los matorrales; y en todo tiempo se puede obligarla á correr por medio de podencos, sabuesos ó galgos, sin necesidad de tirarla. Tambien se la puede coger con aves de rapiña: los grandes buhos, los alfanques, las águilas, las raposas, los lobos y los hombres la hacen igualmente la guerra: y en una palabra, son tantos los enemigos que la persiguen, que solo por casualidad se puede libertar de ellos, y es muy raro que la dejen gozar del corto número de dias que la ha concedido la naturaleza.

---

Nadie ignora que las liebres se forman una cama, y no escarban profundamente la tierra, como los conejos, para hacerse un vivar: sin embargo, Hettlinger, hábil naturalista, que actualmente hace trabajar en las minas de los Pirineos, me ha informado que en las montañas de las cercanías de Baigory suelen las liebres minar entre los peñascos y construirse madri-

gueras, cosa, dice, que no se ve en ninguna otra parte (1).

Es sabido asimismo que las liebres no gustan de hacer mansion en los parajes que habitan los conejos; pero parece que reciprocamente los conejos multiplican poco en los países donde las liebres abundan.

«En pocos parajes de Noruega, dice Pontoppidam, se encuentran conejos; pero hay gran número de liebres, cuyo pelo pardo y gris en verano, se vuelve blanco en invierno. Esas liebres cazan y comen ratones como los gatos, y son mas pequeñas que las de Dinamarca (2).»

Se me hace muy dificultoso que las liebres de Noruega coman ratones, y tanto mas cuanto no es este el único hecho extraordinario ó fabuloso de que se puede acusar á Pontoppidam.

«En la isla de Mauricio, dice el Vizconde de Querhoent, las liebres no son mayores que los conejos de Francia; su carne es blanca, y no constituyén vivares; su pelo es mas liso que el de las nuestras; tienen una gran mancha negra

(1) Extracto de carta escrita de Baigory por Hettlinger al Conde de Buffon, con fecha de 16 de julio de 1744.

(2) *Historia natural de Noruega*, por Pontoppidam. *Diario extranjero*, junio de 1756.

en la parte superior, entre la cabeza y el cuello, y abundan mucho.»

Adanson dice asimismo que las liebres del Senegal no son del todo como las de Francia, sino algo menores, y de color que participa del de la liebre y del conejo, y que su carne es delicada y de sabor esquisito (1).

.....

## EL CONEJO (2).

*Lepus cuniculus*. L.

La liebre y el conejo, aunque muy semejantes en su estructura interna y esterna, no se mezclan sin embargo; y por tanto deben constituir dos especies distintas y separadas entre sí.

(1) *Viaje al Senegal*, por Adanson, pág. 25.

(2) El conejo. En griego *δαόπιου*; en latin *cuniculus*; en Cataluña *conill*; en italiano *coniglio*; en portugués *coélbo*; en alemán *kaninichen*; en inglés *rabbit*, *amey*; en sueco *kanin*; en francés antiguo *cannim*, *connil*; en el moderno *lapin*.

*Lepus* vel *lepusculus hispanicus*, Gesner, *Icon animal. quadr.* pág. 105.

*Cuniculus*, Ray, *Synops. quadr.* pág. 205.

*Lepus cauda brevissima pupillis rubris*. Linnæi.